

Geografía de la Felicidad

Resulta que la última locura de la humanidad, lo que preocupa a todo el mundo y de lo que más se habla en las calles del siglo XXI es un concepto inasible, intangible, y para la mayoría de nosotros hasta ininteligible. Tal es así que los expertos en este concepto tan voluble, las religiones y filosofías del Sudeste de Asia, llevan la friolera de tres mil años intentando definirlo y darle forma, y ahí siguen.



Los viernes por la tarde en Thimphu, la capital de Bhután, los hombres, las mujeres y los niños ocupan la calle principal formando un río de humanidad que parece avanzar en una especie de suave danza, incluso los adolescentes hablan en voz baja. Los perros callejeros parecen cohabitar entre la muchedumbre, por todos lados se oyen cantos que salen de las ventanas de las casas y hasta fluyen por los solares en construcción.

Estas melodías continúan por los campos alrededor de la ciudad y hasta en las competiciones de tiro con arco los hombres rompen en cantos de felicidad cuando la otra parte se adelanta en el marcador.

El artículo 9 de la Constitución de Bhután establece que “el Gobierno hará todo lo posible para crear las circunstancias que hagan posible la consecución de la *Felicidad Nacional Bruta*”. Esta simple y absurda idea de que un gobierno pueda legislar sobre la felicidad es tan chocante para nuestra mentalidad occidental que provoca como mínimo mucha confusión. Y más confusión aún crea el resultado de esta novedosa manera de hacer política: los buthaneses *parecen* la gente más feliz del mundo, o al menos lo aparentan muy bien.

Un momento, esto es un poco engañoso, podríamos pensar los occidentales. ¿Cómo pueden ser felices, en ese montañoso país de 740.000 habitantes, embutido entre la India y China, cuya capital tiene todavía calles cubiertas de barro y animales circulando por el medio de la calzada, y donde la familia media tiene como principales y más valiosas pertenencias un hervidor de arroz y otro de agua, un hornillo para el curry y un pequeño altar?

Pues precisamente porque desde este lado del mundo, tan obsesionados con las pertenencias y con la acumulación, no nos damos cuenta de que la felicidad es muy relativa, y no se experimenta en función de lo que se añade a lo que ya se posee si no en función de la situación de partida y de la satisfacción que produce lo (poco) que se pueda tener.

Personalmente creo que la actual obsesión por la felicidad es la base del 90 por ciento de los pensamientos que se nos cruzan y de las cosas que hacemos desde que nos levantamos hasta la noche, y no solo hablo de los individuos, también las políticas de nuestros ayuntamientos y gobiernos van dirigidas casi exclusivamente a hacernos felices. ¿Y cuál es la explicación, si no,

de que se construyan más bibliotecas, mas piscinas, mas jardines y mas carriles bici?, ¿y el motivo de pedir trenes que, cada vez más veloces y eficientes, nos lleven a modernos aeropuertos desde los cuales volar hacia esos destinos soñados que supuestamente nos harán definitivamente felices a todos?

Efectivamente es la indefinible y manoseada felicidad, el concepto tan vaporoso sobre el que se dibujan y se acuerdan los modernos Planes Estratégicos, esas tablas de salvación que están sacando a flote a ciudades enteras, incluso a las dadas por perdidas, haciéndolas más habitables, más amables, más ecológicas y sostenibles. Y de esto saben mucho en Bhután, el único país del mundo cuyo Estado es oficialmente Budista, y de la rama Vajrayana, plagada de dioses, basada en el mérito personal y enfocada en el karma. Y el único país del mundo que tiene como idioma oficial el Dzongkha, una lengua siseante y muy cercana al tibetano.

Pero incluso en este paraíso de la sabiduría se está llegando demasiado lejos, defecto tan humano este de no saber parar a tiempo, sobre todo cuando se le coge el gusto a algo, esa manía de perder tan fácilmente el equilibrio y el punto medio. En Bután se está regulando con tal saña sobre la felicidad que hace poco detuvieron a un joven monje de 23 años y lo condenaron a tres años de prisión por robar tabaco masticable por valor de...2,5 dólares. Otro ejemplo: las autoridades han dictado que la totalidad de la cosecha deberá ser orgánica, pero la terca realidad es que la mayoría de productos agrícolas se importan de la India. Ah, se me olvidaba, la homosexualidad es ilegal, pequeño detalle, eh? Son las contradicciones de la *extrema felicidad*.

Se está enfocando tanto el concepto de Felicidad Nacional Bruta hacia la economía que el Lama Ngodup Dorji, cuya familia ha dirigido durante diecisiete generaciones el monasterio de Shingkar Dechenling, ha tenido que advertir que “la pura interpretación budista del concepto de FNB es la realización de la compasión hacia los demás, esa es la auténtica felicidad, evitar el sufrimiento de los demás”.

Hay tanto de que hablar sobre Bhután, su particular monarca y sus asombrosos progresos, que mejor lo dejaré para un futuro artículo, y esto es un compromiso.

Damos un salto geográfico de miles de kilómetros hacia el oeste, nos adentramos en el corazón del continente africano. En nuestra búsqueda de la felicidad viajamos a un país que se desangraba tan solo hace veinte años, cuando fue masacrada nada menos que un diez por ciento de su población.

Ruanda es un país muy nuevo, solo en 1963 se incorporó a la ONU como Estado independiente, y ya en 1994 sufría una devastadora guerra civil. Pero ahora se habla en los medios y redes sociales de todo el mundo del *milagro ruandés*. Se dice incluso en niveles gubernamentales que Ruanda es el modelo a seguir en el continente africano ¿Y qué tiene esto que ver con la geografía de la felicidad? Para responder a esto nada mejor que leer al bloguero senegalés más famoso, Cheikh Fall.

Cheikh se ha vuelto loco por Kigali, la capital de Ruanda, mejor dicho se ha enamorado de esta ciudad, y así lo ha declarado oficialmente en su blog. ¿Un loco?, no tanto, veamos: esta ciudad, a la que este enamorado llama *la dama de las mil colinas*, es una joven esbelta siempre vestida

de rojo, fresca, serena, radiante. Es una seductora que en solo unos años ha aprendido a usar todas las técnicas de enamoramiento que las europeas llevan siglos practicando, sabe enseñar sus encantos, y con un viento agradable que sitúa su temperatura entre 18 y 20 grados, ¿quién se puede resistir?. De acuerdo, el drama está demasiado reciente en su vida, pero, como toda mujer valiente, ha sabido renacer partiendo de la más absoluta miseria.

Y aquí volvemos al principio: la felicidad es relativa, nunca un concepto tangible, absoluto y permanente. Se mide en función de donde se parte, de donde viene uno, y Kigali parte de la nada más aplastante. De acuerdo, diréis, pero eso no se hace así como así, tiene que haber un truco. Pues sí, el truco es ese moderno fabricante de felicidad que son los Planes Estratégicos.

Empezaron decretando la prohibición total de las bolsas de plástico y con esta simple medida se avanzó tanto que al llegar a Tigali el visitante lo primero que exclama es “impresionante”; actualmente las calles de esta ciudad están tan limpias que provoca incluso vergüenza tirar una colilla de cigarro en la acera, no hay siquiera papeleras para evitar los residuos en las calles.



Gracias al plan de su alcalde, Fidele Ndayisaba, los ruandeses están orgullosos de su capital y declaran sin pudor que la limpieza va ligada al respeto y que los ruandeses son un pueblo respetuoso y comprometido, que saben que van a vivir en un ambiente sano. En los barrios se organizan y hasta pagan una cantidad, el resultado es una limpieza modélica que hace la ciudad mas amable y habitable.

Un pequeño detalle, pero muy significativo de los cambios de Tigali: en esta ciudad toda la población ahora duerme cubierto por una mosquitera. El resultado: los fallecimientos por paludismo han descendido de un 60% a solo un 7%. Otro pequeño detalle: el número de niños que han accedido a la educación ha pasado del 7,5% al 97%.

Ahora un gran detalle: de acuerdo con el informe “Doing Business 2010” Ruanda encabeza la lista de países que más reformas ha acometido, subiendo 76 puestos desde la posición 143. Siendo hoy en día el segundo país africano que más propicia la creación de negocios, y uno de los menos corruptos de todo el continente, y con una altísima implantación de internet. Las estadísticas y las tablas de cifras y gráficos son apabullantes, y pensar que todo empezó con un básico Plan Estratégico de fabricación casera que solo pretendía limpiar Tigali... y hacer a sus habitantes más felices. La felicidad.

Ahora Tigali se contornea orgullosa y despampanante, con su nuevo vestido rojo pegado a su piel negra. Seduce de un guiño a esos turistas blancos que vuelan desde magníficos aeropuertos construidos para poder llegar a sueños largamente perseguidos, viajes que les harán supuestamente felices. Tener más, volar más lejos para unos, tener la ciudad limpia para otros, vivir en la riqueza unos, salir de la miseria otros. Y ahora quizá comprendamos a este

bloguero cuando firma su declaración de amor incondicional, diciendo cosas tan bonitas como “me llamo Cheikh Fall y me gustaría casarme contigo”. Tigali se ha rendido, por supuesto. Y la boda da para otro artículo, prometido.

Nos despedimos de África, toca volar hacia el norte. En nuestra búsqueda incansable de la felicidad regresamos a Europa, un viaje en avión de más de cuatro horas y aterrizamos entre la niebla densa en el aeropuerto de Vitoria-Gasteiz, la capital del País Vasco. Solo podemos pasar un día de modo que hay que organizarse, y no es difícil hacerlo en esta ciudad pensada y planeada (otra vez el Plan Estratégico) para el ciudadano. Seré breve como lo fue la estancia, breve pero contundente, como los vascos.

La entrada en la ciudad desde el aeropuerto ya te manda el primer mensaje claro: señalizaciones claras, velocidad lenta del tráfico, amplias avenidas con bloques altos pero separados con amplias zonas verdes, arquitectura moderna y atractiva, calles que se adaptan a los carriles bici y a los peatones, y no al contrario. Los coches están claramente discriminados, hay semáforos, cruces, señales, direcciones y aparcamientos exclusivamente para las bicicletas. Andar desde el hotel hasta la parte antigua es un auténtico placer, pienso que las ciudades de nuestros abuelos debieron ser así, ciudades para personas.

Un tranvía verde se desliza en silencio, como un pacífico y amistoso gusano, atravesando la ciudad de este a oeste, dejando un rastro de civismo vasco, uniendo la parte vieja con los barrios por donde se expande la ciudad haciéndote sonreír a su paso. Eso es un síntoma de felicidad ¿no? Sonreír, aunque sea por dentro.

En el hotel nos dejan, gratis, unas bicicletas para recorrer la ciudad y rodearla por su famoso *anillo verde*. Salimos del centro rodando por avenidas completamente peatonales, cubiertas por la sombra densa de magníficos plátanos de indias y castaños. Después de recorrer el anillo verde, una sucesión de parques periurbanos, jardines, bosquecillos de hayas y aldeas con iglesias románicas, llegamos a Salburua, un antiguo erial y solar donde se extraían áridos convertido gracias al Plan Estratégico de la Felicidad en un fantástico humedal, con vida animal y vegetal, un oasis pegado a la ciudad, la sostenibilidad a tiro de piedra, tan fácil, si se quiere, si hay voluntad.

Impactados por Vitoria, la amable y verde Gasteiz, declarada Ciudad Verde de Europa 2014, ahí es nada. Una ciudad en mitad de la nada, una anodina y ancha estepa en cuyo centro se ha instalado una insultante modernidad, una ciudad modélica en todos los sentidos, para vivirla, para amarla. Pero la felicidad completa o permanente no existe, ni siquiera aquí, porque un frente de nubes amenaza más lluvia y dicen que ya van tres días seguidos de mal tiempo. Cómo será en otoño, y no queremos imaginar el invierno. No hay nada más relativo que la felicidad, tan intensamente deseada, tan difícil de alcanzar, y cuando se prueba es como el agua de la fuente que se te escapa entre los dedos de la mano, efímera y dulce, solo sacia temporalmente. Partimos en coche hacia nuestro último destino, nuestra ciudad. Llegamos cayendo la noche, el sol se pone por los Reales aunque una densa calima de verano lo hace parecer un enorme y vibrante globo ocre a punto de desinflarse, exhausto y humedecido, a punto de caer aplastado por un levante arenisco y pesado. Intento conciliar el sueño, después

de tantos miles de kilómetros y de seis páginas en blanco que se hacen eternas, es difícil dejar de pensar en planes estratégicos, cuanto felicidad ajena, cuanto deseo, cuanto enamoramiento de ciudad, tanta voluptuosidad urbana que queda ya en el recuerdo, parece como si nunca hubiera estado. Parece un sueño. Empiezo a soñar. Sí.

Hasta que un rugido atronador e inconfundible, a las tres de la madrugada, desgarró cruelmente la ciudad de este a oeste, como lo hace el mismo placer cuando se nos escapa tras saborearlo sin poder hacer nada por evitarlo, de lado a lado de la existencia, como una puñalada traperera que te raja. Maldito Ferrari.

Maldito glamour. Maldita StarLite. Maldita Felicidad.

José María Sánchez Alfonso

Socio de Marbella Activa

Miembro del Club de Poetas Urbanos

Agosto de 2014

